

La academia macondiana

LUIS CARLOS REYES*



JOSÉ ARCADIO BUENDÍA NO PUBLICABA en revistas internacionales las investigaciones astronómicas que llevaba a cabo, quizá porque en aquella época los gitanos no habían llevado a Macondo la suscripción a internet necesaria para hacerlo. Fue así como llegó, siglos después que el resto del mundo, a su asombroso descubrimiento: "La tierra es redonda como una naranja".

Está de moda criticar la presión que tienen ahora los académicos colombianos para pu-

blicar en revistas internacionales altamente citadas, diciendo que impide que los investigadores dediquen su tiempo a cosas más originales y valiosas. Se dice que los editores no entienden la importancia de ciertos temas específicamente colombianos, que para publicar allí hay que hacer parte de roscas a las cuales no tenemos acceso, o que el llamado "factor de impacto" con el que se mide su valor es una medida muy imperfecta.

Pero el que algunas críticas sean válidas no puede usarse para desconocer el hecho triste de que en Colombia se produce poca investigación de calidad, porque—como José Arcadio— nuestra academia no interactúa lo suficiente con la comunidad académica internacional. En mi área, la economía, hay investigaciones publicadas por colombianos en las

mejores revistas académicas del mundo, sobre temas tan colombianos como la apertura de los 90 y Ser Pilo Paga: no parece que el resto del planeta esté desinteresado en nuestros problemas. Lo que sí ocurre es que no hay campo en ellas para cosas que acá pasan por ser investigación de punta, pero no lo son.

Está muy bien criticar las debilidades del sistema moderno de publicación académica, pero no sin antes entender que casi todos los descubrimientos revolucionarios de los últimos 100 años se han originado allí. Es más lo que tenemos por aprender del sistema que lo que tenemos por enseñarle, y entre más pronto lo reconozcamos, mejor.

* Ph.D., profesor del Departamento de Economía y director del Observatorio Fiscal, Universidad Javeriana. Twitter: @luisrch

Inequidad

JOSÉ FERNANDO ISAZA



EL NÚMERO DE ESTUDIANTES matriculados en las universidades privadas, especialmente en Bogotá, está mostrando un bajo nivel de crecimiento y en muchos casos una disminución. La explicación más socorrida es el cambio demográfico: que hay menos jóvenes en la edad de 17-21 años. Las estadísticas no avalan completamente esta hipótesis. En el período 2003-2015 la población juvenil en Colombia creció de 3'900.000 a 4'350.000. Se presenta, sí, una meseta entre el 2011 y el 2015, pero no una reducción que explique el descenso en las matrículas. Si los niveles de cobertura de la educación terciaria alcanzaran niveles de saturación, la explicación demográfica tendría mayor peso. En el año 2017, la cobertura bruta fue del 52,8%, incluyendo universidades, institutos técnicos, tecnológicos y el SENA; hay márgenes de crecimiento, si se quiere llegar a una cobertura del 70%. Por otra parte, la tasa de transición, es decir, la relación entre estudiantes matriculados el primer semestre y los estudiantes que obtienen el título de bachiller, es del 37,3%, con grandes variaciones regionales. En Bogotá asciende al 51,6%.

Las posibilidades de movilidad social y económicas que se espera genere el acceso a la educación superior son casi nulas para los estratos de menores ingresos. La cobertura para los estudiantes del primer quintil de ingreso es de solo el 7%; para el quintil 5, el de mayor ingreso, asciende al 72% (A. Quintero). Lejos de mejorar la distribución del ingreso, aumenta la desigualdad. Este indicador muestra la necesidad de destinar mayores aportes presupuestales a las universidades públicas para incrementar la oferta de cupos.

Un factor que puede explicar el poco dinamismo en el número de estudiantes en las universidades privadas es el encarecimiento en las matrículas por encima del índice de precios. El axioma de Perogrullo dice que es mejor la educación de calidad que una de baja calidad; el corolario de Pambelé afirma que es más costoso ofrecer buena calidad. Los requerimientos para obtener los certificados de acreditación institucional y por programas han llevado a aumentos que pueden superar los dos o tres puntos porcentuales anuales por encima del IPC. Esto no parecería un problema insoluble, pero un 3% adicional anual en siete años equivale a un aumento real del 23%, alejando aún más a la población de ingresos medios y bajos de acceder a la educación.

Considerando una familia con un ingreso total de \$3 millones mensuales, menos del 12% de los hogares tienen un ingreso salarial superior. En un semestre, el ingreso sería \$18 millones. Aun si solo se tiene un hijo en edad de ir a la universidad, la matrícula en una de calidad aceptable es del orden de \$5 millones semestrales o más, y no sería fácil pagar la matrícula de su único hijo. El crédito del Ictex ayuda en estos casos, pero esta entidad tomó recientemente una medida, hoy revocada, de solo financiar a estudiantes en universidades acreditadas, lo cual cerró puertas de financiación. Las malas decisiones se toman con las mejores intenciones. El programa Ser Pilo Paga, hoy terminado, permitió que algunas universidades privadas mantuvieran un ritmo creciente en sus matrículas.

Otro aspecto que ayuda a explicar el bajo o nulo crecimiento de los estudiantes en las universidades privadas es la oferta de microcursos en línea que permiten un cierto nivel de destreza en tareas sencillas, son de bajo costo y fácil acceso.

Osuna



El juicio del año

Wendy Townsend y Mario Mejía se marcharon

BRIGITTE LG BAPTISTE



LA GRINGA DE LOS MICOS QUE ANDABA por el Medio Caquetá hacia 1985, aprendiendo lengua y conversando con los viejos en las malocas, ha muerto. También Mario Mejía, agroecólogo, que apenas la debe estar conociendo en una conversación que les dará sin duda para una eternidad, pues ambos renegaron del mundo pero le dieron su amor profundo, defendiendo la vida y el goce de experimentarla.

Wendy, una de las primeras etnozoólogas en Colombia, enamorada de la selva y sus gentes, partió hace unos días después de una vida de aventuras inimaginable, en la cual primó su autonomía, su maravilloso sentido del humor y una ética que nunca le dejó trabajar para nadie que no estuviera absolutamente comprometido con la preservación de la biodiversidad, a tal punto que su participación en eventos científicos la financiaba vendiendo turronecillos y chocolates de nueces amazónicas.

Con casi 40 años de vida académica, investigadora en profundidad de los modos de vida de los pueblos selváticos, especialmente en Bolivia, estuvo afiliada a diversas entidades a las que prestaba apoyo docente, asesoría y formación, principalmente a la Fundación y Museo de Historia Natural Noel Kempff en Santa Cruz. A través de su carrera, siempre fundada en la experiencia de campo, Wendy mostró la complejidad del pensamiento y del conocimiento de los pueblos nativos y luchó con ellos por sus derechos y territorio. Escribió profusamente, aunque no tanto como sabía, sin permitir nunca que se pusieran en duda sus capacidades como mujer científica, dando ejemplo y de seguro mucha rabia a colegas y contemporáneos poco acostumbrados a ceder espacios a la excelencia.

Wendy valoraba como ninguna la capacidad de manejo de la biodiversidad por parte de los indígenas y defendió la administración de la fauna silvestre bajo los esquemas de cada cultura, aportando los datos científicos que hoy respaldan modelos de aprovechamiento de recursos como el de los caimanes en la bahía de Cispatá o decenas de casos en el resto de Latinoamérica. Austera y consecuente como pocos, su presencia evocaba un es-

píritu excepcional del cual Colombia se benefició también, y donde queda una parte de su patria grande, el conocimiento apasionado.

Mario, dedicado por décadas a la formación campesina y de profesionales comprometidos con la producción limpia de alimentos, la vida independiente de las comunidades rurales y los derechos colectivos, había decidido dedicarse al cultivo de gentes, frutas y hortalizas tras constatar que poco se hacía en la institucionalidad para construir bienestar genuino. Crítico acérrimo del modelo industrial y autoritario de nuestra sociedad, prefirió la coherencia en su propia existencia que ceder un milímetro a la retórica de la sostenibilidad. Uno de los fundadores de la agroecología, deja un legado en las personas que formó y que han recogido por fortuna sus testimonios para la era digital, la cual le producía horror.

Nos queda recordarles, manifestar admiración por su integridad, inteligencia, generosidad y compromiso, la labor de dos grandes personas que nunca creyeron en las fronteras y que ahora cruzan las del misterio de la mano de sus chamanes. Que sus enseñanzas y memoria nos sigan guiando siempre. Gracias, Wendy. Gracias, Mario.